

Que en un mar de lava hirviente  
Mi cabeza siento arder.

Ven y junta con mis labios  
Esos labios que me irritan,  
Dónde aun los besos palpitan  
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?  
¿Qué la verdad y el cariño?  
Mentida ilusión de niño,  
Que halagó mi juventud.

Dadme vino; en él se ahoguen  
Mis recuerdos; aturdida  
Sin sentir huya la vida:  
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,  
Y en ardiente sangre rojos  
Brillan inciertos mis ojos,  
Se me salta el corazón.

Huye, mujer; te detesto,  
Siento tu mano en la mia,  
Y tu mano siento fría  
Y tus besos hielos son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,  
Inventad otras caricias,  
Otro mundo, otras delicias,  
O maldito sea el placer.

Vuestros besos son mentira,  
Mentira vuestra ternura:  
Es fealdad vuestra hermosura,  
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,  
Quiero un deleite divino,  
Como en mi mente imagino,  
Como en el mundo no hay;

Y es la luz de aquel lucero  
Que engañó mi fantasía,

Fuego fátuo, falso guía  
Que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,  
Y vive aún para el dolor impío?

¿Por qué si yazgo en indolente calma,  
Siento, en lugar de paz, árido hastio?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?  
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,  
Que yo mismo conozco un devaneo,  
Y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aun fingirme amores y placeres  
Que cierto estoy de que serán mentira?

¿Por qué en pos de fantásticas mujeres  
Necio tal vez mi corazón delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,  
Halla desiertos áridos y abrojos,  
Y en sus sándios ó lúbricos amores  
Fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé cual rápido cometa,  
En alas de mi ardiente fantasía:  
Doquier mi arrebatada mente inquieta  
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo  
Fuera del mundo en la región etérea,  
Y hallé la duda, y el radiante cielo  
Vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,  
Busqué con ansia y delirante amor,  
Y hediondo polvo y deleznable escoria  
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza  
Entre albas nubes de celeste lumbre;  
Yo las toqué, y en humo su pureza  
Trocarse vi y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida

Y eterno é insaciable mi deseo:  
Palpé la realidad y oí la vida;  
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,  
Y aun deleites el alma finge y quiere:  
Pregunto y un acento pavoroso

«¡Ay! me responde, desespera y muere.  
»Muere, infeliz: la vida es un tormento,  
Un engaño el placer; no hay en la tierra  
Paz para tí, ni dicha, ni contento,  
Sinó eterna ambición y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada,  
Que aspira loca, en su delirio insano,  
De la verdad para el mortal velada  
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero  
Ver más, ni saber ya nada;  
Harta mi alma y postrada,  
Sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,  
Pues ya murió mi ventura,  
Ni el placer ni la tristora  
Vuelvan mi pecho á turbar.  
Pasad, pasad en óptica ilusoria  
Y otras jóvenes almas engañad:  
Nacaradas imágenes de gloria,  
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,  
Con danza y algazara en confusión;  
Pasad como visiones vaporosas  
Sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía  
Los brindis y el estruendo del festín,  
Y huya la noche y me sorprenda el día  
En un letargo estúpido y sin fin.

Héctor González

Ven, Jarifa; tú has sufrido  
Como yo; tú nunca lloras;  
Mas ¡ay triste! que no ignoras  
Cuán amarga es mi aflicción.

Una misma es nuestra pena,  
En vano el llanto contienes.....  
Tú también, como yo, tienes  
Desgarrado el corazón.

## CUENTO

### EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

#### PARTE PRIMERA

Sus fueros sus brios,  
Sus premáticas su voluntad.  
QUIOTE.—Parte primera.

Era más de media noche,  
Antiguas historias cuentan,  
Cuando en sueño y en silencio  
Lóbrega envuelta la tierra,  
Los vivos muertos parecen,  
Los muertos la tumba dejan.  
Era la hora en que acaso  
Temerosas voces suenan  
Informes, en que se escuchan  
Tácitas pisadas huecas,  
Y pavorosas fantasmas  
Entre las densas tinieblas

Vagan, y aullan los perros  
Amedrentados al verlas:  
En que tal vez la campana  
De alguna arruinada iglesia  
Da misteriosos sonidos  
De maldición y anatema,  
Que los sábados convoca  
A las brujas á su fiesta.  
El cielo estaba sombrío,  
No vislumbraba una estrella,  
Silbaba lúgubre el viento,  
Y allá en el aire, cual negras  
Fantasmas, se dibujaban  
Las torres de las iglesias,  
Y del gótico castillo  
Las altísimas almenas,  
Donde canta ó reza acaso  
Temeroso el centinela.  
Todo en fin á media noche  
Reposaba y tumba era  
De sus dormidos vivientes  
La antigua ciudad que riega  
El Tormes, fecundo río,  
Nombrado de los poetas,  
La famosa Salamanca,  
Insigne en armas y letras,  
Patria de ilustres varones,  
Noble archivo de las ciencias.  
Súbito rumor de espadas  
Cruje y un ¡ay! se escuchó;  
Un ay moribundo, un ay  
Que hasta los tuétanos hiela  
Y dá al que lo oyó temblor.  
Un ¡ay! de alguno que al mundo  
Pronuncia el último adiós.  
El ruido

Cesó,  
Un hombre  
Pasó  
Embozado,  
Y el sombrero  
Recatado  
A los ojos  
Se caló.  
Se desliza  
Y atraviesa  
Junto al muro  
De una iglesia,  
Y en la sombra  
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,  
La calle del Ataud,  
Cual si de negro crespón  
Lóbrego eterno capuz  
La vistiera, siempre oscura  
Y de noche sin más luz  
Que la lámpara que alumbraba  
Una imagen de Jesús,  
Atraviesa el embozado  
La espada en la mano aun,  
Que lanzó vivo reflejo  
Al pasar frente á la cruz.  
Cual suele la luna tras lóbrega nube  
Con franjas de plata bordarla en redor,  
Y luego si el viento la agita, la sube  
Disuelta á los aires en blanco vapor:  
Así vaga sombra de luz y de nieblas,  
Mística y aérea dudosa visión,  
Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas,  
Cual dulce esperanza, cual vana ilusión,  
La calle sombría, la noche ya entrada,  
La lámpara triste ya pronta á espirar,

Que á veces alumbra la imagen sagrada  
Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,  
Y acaso se acerca con rápido pié,  
Y acaso en las sombras tal vez desaparece,  
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al más temerario corazón de acero  
Recelo inspirara, pusiera pavor;  
Al más maldiciente feroz bandolero  
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no el embozado, que aun sangre su espada  
Destila, el fantasma terror infundió,  
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,  
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,  
Alma fiera é insolente,  
Irreligioso y valiente,  
Altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,  
En los labios la ironía,  
Nada teme y todo fia  
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa  
De la mujer que corteja,  
Y, hoy despreciándola, deja  
La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,  
Ni recuerda en lo pasado  
La mujer que ha abandonado,  
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños  
Del que mató en desafío,  
Ni turbó jamás su brío  
Recelosa previsión.

Siempre en lances y en amores,  
Siempre en báquicas orgías,

Mezcla en palabras impías  
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso  
Por su vida y buen talento,  
Al atrevido estudiante  
Le señalan entre mil;

Fueros le dá su osadía,  
Le disculpa su riqueza,  
Su generosa nobleza,  
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,  
Caballeresca apostura,  
Agilidad y bravura  
Ninguno alcanza á igualar:

Que hasta en sus crímenes mismos,  
En su impiedad y altiveza,  
Pone un sello de grandeza  
Don Félix de Montemar.

Bella y más pura que el azul cielo  
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
Donde acaso el amor brilló entre el velo  
Del pudor que los cubre candorosos;  
Tímida estrella que refleja el suelo  
Rayos de luz brillantes y dudosos,  
Angel puro de amor que amor inspira,  
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,  
Tierna y feliz y de su amante ufana,  
Cuándo al placer su corazón se abría,  
Como al rayo del sol rosa temprana:  
Del fingido amador que la mentía,  
La miel falaz que de sus labios mana  
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno  
De que oculto en la miel hierve el veneno.  
Que no descanse de su madre en brazos

Más descuidado el candoroso infante,  
Que ella en los falsos lisonjeros lazos  
Que teje astuto el seductor amante:  
Dulces caricias, lánguidos abrazos,  
Placeres ¡ay! que duran un instante,  
Que habrán de ser eternos imagina  
La triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto  
Con nacarado sueño en su pureza,  
Todo lo juzga verdadero y santo,  
Presta á todo virtud, presta belleza.  
Del cielo azul al tachonado manto,  
Del sol radiante á la inmortal riqueza,  
Al aire, al campo, á las fragantes flores,  
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella  
Toda su dicha, de su amor perñida;  
Fueron sus ojos á los ojos de ella  
Astros de gloria, manantial de vida.  
Cuando sus labios con sus labios sella,  
Cuando su voz escucha embebecida,  
Embriagada del dios que la enamora,  
Dulce le mira, extática le adora.

## PARTE SEGUNDA.

.....Except the hollow sea' s,  
Mourns o' er the beauty of the Cyolades.  
BYRON.—*D. Juan*, canto 4.

Está la noche serena  
De luceros coronada,  
Terso el azul de los cielos  
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna  
Va trasmontando la espalda  
Del otero: su alba frente  
Timida apenas levanta,  
Y el horizonte ilumina,  
Pura virgen solitaria,  
Y en su blanca luz suave  
El cielo y la tierra baña.

Deslizase el arroyuelo  
Fúlgido cinta de plata  
Al resplandor de la luna,  
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan  
Entre las espesas ramas,  
Y en el seno de las flores  
Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,  
Y al desplegarse sus alas,  
Mecen el blanco azahar,  
Mueven la aromosa acacia.

Y agitan ramas y flores  
Y en perfumes se embalsaman:  
Tal era pura esta noche  
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron  
Sobre la primera llama  
Que amor encendió en el mundo,  
Del Edén en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso  
Blanca silfa solitaria,  
Que entre el rayo de la luna  
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea  
Suelto el cabello á la espalda,  
Hoja trás hoja las flores  
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,  
Inquietas son sus miradas,  
Mágico ensueño parece  
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,  
Ora suspira, y se pára:  
Una lágrima sus ojos  
Brotan acaso y abrasa  
Su mejilla; es una ola  
Del mar que en fiera borrasca  
El viento de las pasiones  
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez  
Azorada se levanta:  
El jardín recorre ansiosa,  
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,  
Es el murmullo del agua,  
No es su voz, no es el sonido  
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:  
Recuerdos ¡ay! que te engañan,  
Sombras del bien que pasó...  
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna  
Las mismas son que miraran  
Indiferentes tu dicha,  
Cuál ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, si ¡pobre Elvira!  
¡Triste amante abandonada!  
Esas hojas de esas flores  
Que distraída tú arrancas,  
¿Sabes adónde, infeliz,  
El viento las arrebató?  
Donde fueron tus amores,  
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,  
¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,  
Teñida de ópalo y grana,  
Naciente luz te colora,  
Refulgente precursora  
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó  
Tu pureza virginal,  
Tu encanto el aire llevó  
Cual la ventura ideal  
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas  
Juguetes del viento son:  
¡Las ilusiones perdidas  
¡Ay! son hojas desprendidas  
Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!  
¡Triste páramo cubierto  
Con la lava del dolor,  
Oscuro, inmenso desierto  
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,  
El sol cayendo en la mar,  
En la playa un aduar,  
Y á lo lejos un navío  
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta  
En fantástica ilusión,  
Y al ojo encantado ostenta  
Gratas visiones, que aumenta  
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal  
Trasparente de hermosura,  
¡Ay de tí! si por tu mal

Rompe el hombre en su locura  
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,  
En tu misma desventura,  
Que aun deleites te procura,  
Cuando tu pecho suspira,  
Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,  
Y vale más delirar  
Sin juicio, que el sentimiento  
Cuerdamente analizar,  
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura  
Presente el bien que para siempre huyó:  
Dulces palabras con amor murmura:  
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora  
Cual si presente le mirara allí:  
Vedla que sola se contempla y llora,  
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino  
Ha enturbiado su loco pensamiento,  
Como nublo que en negro torbellino  
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,  
Y las lleva mezcladas en la falda,  
Y, corona nupcial de sus amores,  
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío  
Triste recuerdo el alma le importuna,  
Y al margen va del argentado río,  
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,  
Una tras otras rápidas pasar,  
Y confusos sus ojos y su mente

Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja  
Entona melancólica canción,  
Canción que el alma desgarrada deja,  
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,  
Tranquila noche, solitaria luna,  
Si no calmáis del hado la crudeza,  
Ni me dais esperanza de fortuna?  
¿Qué valen la gracia y la belleza,  
Y amar como jamás amó ninguna,  
Si la pasión que el alma me devora,  
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,  
Inclina sobre el pecho su semblante,  
Y de ella en derredor susurra el viento  
Sus últimas palabras, sollozante.

Murió de amor la desdichada Elvira,  
Cándida rosa que agostó el dolor,  
Súave aroma que el viajero aspira  
Y en sus alas el aura arrebató.  
Vaso de bendición, ricos colores  
Reflejó en su cristal la luz del día,  
Mas la tierra empañó sus resplandores,  
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:  
Alma celeste para amar nacida,  
Era el amor de su vivir la fuente,  
Estaba junta á su ilusión su vida.  
Amada del Señor, flor venturosa,

Llena de amor murió y de juventud:  
Despertó alegre una alborada hermosa,  
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura  
Al término postrero de su vida,  
Y al abrirse á sus piés la sepultura,  
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!  
¡El bien pasado y el dolor presente!..  
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga  
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,  
Su mejilla una lágrima abrasó;  
Y así al infiel con temblorosa mano,  
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento  
Vuela importuno á molestar tu oído:  
Él es, don Félix, el postrer lamento  
De la mujer que tanto te ha querido.  
La mano helada de la muerte sentó...  
Adiós: ni amor ni compasión te pido...  
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah! para siempre adiós. Por tí mi vida  
Dichosa un tiempo resbalar sentí,  
Y la palabra de tu boca oída  
Éxtasis celestial fué para mí.  
Mi mente aun goza en la ilusión querida  
Que para siempre ¡miser! perdi...  
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!  
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, si, felices horas,  
Presentes siempre en la memoria mía,  
Imágenes de amor encantadoras,  
Que aun vienen á halagarme en mi agonía.  
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras  
Sombras, por siempre; mi postrero día

Ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!  
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

»Y tú, don Félix, si te causa enojos  
Que te recuerde yo mi desventura,  
Piensa están hartos de llorar mis ojos  
Lágrimas silenciosas de amargura,  
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,  
Concede este consuelo á mi tristura:  
Estos renglones compasivo mira;  
Y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria  
Con amargos recuerdos tus placeres;  
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,  
Dichas el mundo, amor otras mujeres:  
Y si tal vez mi lamentable historia  
A tu memoria con dolor trajeres,  
Llórame, si; pero palpíte exento  
Tu pecho de roedor remordimiento.

»Adiós por siempre, adiós: un breve instante  
Siento de mi vida, y en mi pecho el fuego  
Aun arde de mi amor; mi vista errante  
Vaga desvanecida... ¡calma luego,  
Oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola... espirante!..  
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!  
Adiós, adiós ¡tu corazón perdi!  
—¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida  
Momentos antes de morir, y al pecho  
Se estrechó de su madre dolorida,  
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,  
Y á su madre sus brazos se apretaron  
Con nervioso y convulso movimiento,  
Y sus labios un nombre murmuraron,  
Y huyó su alma á la mansión dichosa  
Do los ángeles moran... Tristes flores



Brota la tierra en torno de su losa;  
 El céfiro lamenta sus amores.  
 Sobre ella un sauce su ramaje inclina,  
 Sombra le presta en lánguido desmayo,  
 Y allá en la tarde, cuando el sol declina,  
 Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

*Sarg.* ¿Teneis más que parar?  
*Franco.* Paro los ojos

Los ojos, sí, los ojos: que descreo  
 Del que los hizo para tal empleo.  
 MORETO.—*San Franco de Sena.*

PERSONAS. { D. FÉLIX DE MONTEMAR.  
 D. DIEGO DE PASTRANA.  
 SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa  
 Hasta seis hombres están,  
 Fija la vista en los naipes,  
 Mientras juegan al parar;  
 Y en sus semblantes se pintan  
 El despecho y el afán:  
 Por perder desesperados,  
 Avarientos por ganar.  
 Reina profundo silencio,  
 Sin que lo rompa jamás

Otro ruido que el del oro,  
 O una voz para jurar.  
 Pálida lámpara alumbrada  
 Con trémula claridad  
 Negras de humo las paredes  
 De aquella estancia infernal.  
 Y el misterioso bramido  
 Se escucha del huracán,  
 Que azota los vidrios frágiles  
 Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR 1.º El caballo aún no ha salido.  
 JUGADOR 2.º ¿Qué carta vino?  
 JUGADOR 1.º La sota.  
 JUGADOR 2.º Pues por poco se alborota.  
 JUGADOR 1.º Un caudal llevo perdido:  
 ¡Voto á Cristo!  
 JUGADOR 2.º No jureis,  
 Que aun no estais en la agonía.  
 JUGADOR 1.º No hay suerte como la mía.  
 JUGADOR 2.º ¿Y como cuánto perdeis?  
 JUGADOR 1.º Mil escudos y el dinero  
 Que don Félix me entregó.  
 JUGADOR 2.º ¿Dónde anda?  
 JUGADOR 1.º ¡Qué sé yo!  
 No tardará.  
 JUGADOR 3.º Envido.  
 JUGADOR 1.º Quiero.

ESCENA II.

Galán de talle gentil,  
 La mano izquierda apoyada  
 En el pomo de la espada,

- Y el aspecto varonil:  
Alta el ala del sombrero  
Porque descubra la frente,  
Con airoso continente  
Entró luego un caballero.
- JUGADOR 1.º *(Al que entra).*  
Don Félix, á buena hora  
Habeis llegado.
- D. FÉLIX ¿Perdisteis?
- JUGADOR 1.º El dinero que me disteis  
Y esta bolsa pecadora.
- JUGADOR 2.º Don Félix de Montemar  
Debe perder. El amor  
Le negara su favor  
Cuando le viera ganar.
- D. FÉLIX. *(Con desdén).*  
Necesito ahora dinero  
Y estoy hastiado de amores.  
*(Al corro con altivez).*  
Dos mil ducados, señores,  
Por esta cadena quiero.
- (Quitase una cadena que lleva al pecho).*
- JUGADOR 3.º Alta poneis la tarifa.
- D. FÉLIX. *(Con altivez).*  
La pongo en lo que merece.  
Si otra duda se os ofrece,  
Decid. *(Al corro).*  
Se vende y se rifa.
- JUGADOR 4.º *(Aparte).*  
¿Y hay quién sufra tal afrenta?
- D. FÉLIX. Entre cinco están hallados.  
A cuatrocientos ducados  
Os toca, segun mi cuenta.  
Al as de oros. Allá va.
- (Va echando cartas que toman los jugadores en silencio).*

- Uno, dos... *(Al perdidoso).*  
Con vos no cuento.
- JUGADOR 1.º Por el motivo lo siento.
- JUGADOR 3.º ¡El as! ¡el as! aquí está.
- JUGADOR 1.º Ya ganó.
- D. FÉLIX. Suerte teneis.  
A un solo golpe de dados  
Tiro los dos mil ducados.
- JUGADOR 3.º ¿En un golpe?
- JUGADOR 1.º *(A don Félix).*  
Los perdeis.
- D. FÉLIX. Perdida tengo yo el alma,  
Y no me importa un ardite.
- JUGADOR 3.º Tirad.
- D. FÉLIX. Al primer envite.
- JUGADOR 3.º Tirad pronto.
- D. FÉLIX. Tened calma;  
Que os juego más todavía,  
Y en cien onzas hago el trato,  
Y os llevais este retrato  
Con marco de pedrería.
- JUGADOR 3.º ¿En cien onzas?
- D. FÉLIX. ¿Qué dudais?
- JUGADOR 1.º *(Tomando el retrato).*  
¡Hermosa mujer!
- JUGADOR 4.º No es caro.
- D. FÉLIX. ¿Quereis pararlas?
- JUGADOR 3.º Las paro.  
Más ganaré.
- D. FÉLIX. Si ganais *(Se registra todo),*  
No tengo otra joya aquí.
- JUGADOR 1.º *(Mirando el retrato).*  
Si esta imagen respirara...
- D. FÉLIX. A estar aquí la jugara  
A ella, al retrato y á mí
- JUGADOR 3.º Vengan los dados.

D. FÉLIX. Tirad.  
 JUGADOR 2.º Por don Félix cien ducados.  
 JUGADOR 4.º En contra van apostados.  
 JUGADOR 5.º Cincuenta más. Esperad,  
 No tireis.  
 JUGADOR 2.º Van los cincuenta.  
 JUGADOR 1.º Yo, sin blanca, á Dios le ruego  
 Por don Félix.  
 JUGADOR 5.º Hecho el juego.  
 JUGADOR 3.º ¿Tiro?  
 D. FÉLIX Tirad con sesenta  
 De á caballo.  
*(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados).*  
 JUGADOR 4.º ¿Qué ha salido?  
 JUGADOR 2.º ¡Mil demonios, que á los dos  
 Nos lleven!  
 D. FÉLIX. *(Con calma al PRIMERO)*  
 ¡Bien, vive Dios,  
 Vuestros ruegos me han valido!  
 Encomendadme otra vez,  
 Don Juan, al diablo; no sea  
 Que si os oye Dios, me vea  
 Cautivo y esclavo en Fez.  
 JUGADOR 3.º Don Félix, habeis perdido  
 Sólo el marco, no el retrato,  
 Que entrar la dama en el trato,  
 Vuestra intención no habrá sido.  
 D. FÉLIX. ¿Quánto dierais por la dama?  
 JUGADOR 3.º Yo, la vida.  
 D. FÉLIX. No la quiero,  
 Mirad si me dais dinero,  
 Y os la llevais.  
 JUGADOR 3.º ¡Buena fama  
 Lograreis entre las bellas  
 Cuando descubran altivas

Que vos las haceis cautivas,  
 Para enseguida vendellas!  
 D. FÉLIX. Eso á vos no importa nada.  
 ¿Quereis la dama? Os la vendo.  
 JUGADOR 3.º Yo de pinturas no entiendo.  
 D. FÉLIX *(Con cólera).*  
 Vos hablais con demasiada  
 Altivez é irreverencia  
 De una mujer... ¡y si no!...  
 JUGADOR 3.º De la pintura hablé yo.  
 TODOS. Vamos, paz; no haya pendencia.  
 D. FÉLIX. *(Sosegado).*  
 Sobre mi palabra os juego  
 Mil escudos.  
 JUGADOR 3.º Van tirados.  
 D. FÉLIX. A otra suerte de esos dados;  
 Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,  
 Y torva la mirada, aunque afligida,  
 Y en ella un firme y decidido empeño  
 De dar la muerte ó de perder la vida,  
 Un hombre entró embozado hasta los ojos,  
 Sobre las juntas cejas el sombrero:  
 Vibrale al rostro el corazón enojos,  
 El paso firme, el ánimo altanero.  
 Encubierta fatidica figura.—  
 Sed de sangre su espíritu secó,  
 Emponzoñó su alma la amargura,  
 La venganza irritó su corazón.  
 Junto á don Félix llega.... y desatento  
 No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;  
 Y en pié y delante de él y el ojo atento,  
 Con iracundo rostro le examina.



Miró también don Félix al sombrío  
Huésped que en él los ojos enclavó,  
Y con sarcasmo desdeñoso y frío  
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX. Buen hombre, ¿de qué tapiz  
Se ha escapado,—el que se tapa,—  
Que entre el sombrero y la capa  
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO. Bien, don Félix, cuadra en vos  
Esa insolencia importuna.

(Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego).

D. FÉLIX. Perdisteis.

JUGADOR 3.<sup>o</sup> Sí. La fortuna  
Se trocó: tiro y van dos.  
(Vuelven à tirar).

D. FÉLIX. Gané otra vez.  
(Al embozado). No he entendido  
Que dijisteis, ni hice aprecio  
De si hablasteis, blando ó recio  
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO. A solas hablar querria.

D. FÉLIX. Podeis, si os place, empezar,  
Que por vos no he dejar  
Tan hermosa compañía.  
Y si Dios aqui os envía  
Para hacer mi conversión,  
No desprecieis la ocasión  
De convertir tanta gente,  
Mientras que yo humildemente  
Aguardo mi absolución.

D. DIEGO. (Desembozándose con ira).

Don Félix, ¿no conoceis  
A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX. A vos no, mas si á una hermana  
Que imagino que teneis.

D. DIEGO. ¿Y no sabeis que murió?

- D. FÉLIX. Téngala Dios en su gloria.  
D. DIEGO. Pienso que sabeis su historia,  
Y quién fué quien la mató.  
D. FÉLIX. *(Con sarcasmo)*.  
¡Quizá alguna calentura!  
D. DIEGO. ¡Mentis vos!  
D. FÉLIX. Calma, don Diego,  
Que si vos os morís luego,  
Es tanta mi desventura,  
Que aun me lo habrán de achacar.  
Y es en vano ese despecho.  
Si se murió, á lo hecho, pecho,  
Ya no ha de resucitar.  
D. DIEGO. Os estoy mirando y dudo  
Si habré de manchar mi espada  
Con esa sangre malvada,  
O echaros al cuello un nudo  
Con mis manos, y con mengua,  
En vez de desafiaros,  
El corazón arrancaros  
Y patearos la lengua.  
Que un alma, una vida, es  
Satisfacción muy ligera,  
Y os diera mil si pudiera  
Y os las quitara después.  
Jugo á mi labio han de dar  
Abiertas todas tus venas,  
Que toda tu sangre apenas  
Basta mi sed á calmar,  
¡Villano!  
*(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen)*.  
Todos. Fuera de aqui  
A armar quimera.  
D. FÉLIX. *(Con calma levantándose)*.  
Tened,  
Don Diego, la espada, y ved

- Que estoy yo muy sobre mí,  
Y que me contengo mucho,  
No sé por qué, pues tan frío  
En mi colérico brío  
Vuestras injurias escucho.  
*(Con furor reconcentrado y con la espada desnuda)*.  
D. DIEGO. Salid de aqui; que á fé mia,  
Que estoy resuelto á mataros,  
Y no alcanzara á libraros  
La misma Virgen María.  
Y es tan cierta mi intención,  
Tan resuelta está mi alma,  
Que hasta mi cólera calma  
Mi firme resolución.  
Venid conmigo,  
D. FÉLIX. Allá voy;  
Pero si os mato, don Diego,  
Que no me venga otro luego  
A pedirme cuenta. Soy  
Con voz al punto. Esperad  
Cuenta el dinero... uno... dos...  
*(A don Diego)*.  
Son mis ganancias; por vos  
Pierdo aqui una cantidad  
Considerable de oro  
Que iba á ganar... ¿Y por qué?  
Diez... quince... por no sé qué  
Cuento de amor... ¡un tesoro  
Perdido!... voy al momento.  
Es un puro disparate  
Empeñarse en que yo os mate:  
Lo digo como lo siento.  
D. DIEGO. Remiso andais y cobarde  
Y hablador en demasia.  
D. FÉLIX. Don Diego, más sangre fría:  
Para reñir nunca es tarde,

Y si aun fuera otro el asunto,  
Yo os perdonara la prisa:  
Pudierais vos una misa  
Por la difunta, y al punto...  
¡Mal caballero!...

D. DIEGO.  
D. FÉLIX.

D. Diego,  
Mi delito no es gran cosa.  
Era vuestra hermana hermosa:  
La vi, me amó, creció el fuego,  
Se murió, no es culpa mia;  
Y admiro vuestro candor,  
Que no se mueren de amor  
Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO.  
D. FÉLIX.

¿Estais pronto?  
Están contados.  
Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reis?  
(*Con voz solemne.*)  
Pensad que á morir venís.  
(*Sale trás de él embolsándose el dinero  
con indiferencia.*)  
Son mil trescientos ducados.

#### ESCENA IV.

*Los jugadores.*

JUGADOR 1.º Este don Diego Pastrana  
Es un hombre decidido.  
Desde Flandes ha venido

JUGADOR 2.º ¡Pues no ha hecho mal disparate!  
Me da el corazón su muerte.

JUGADOR 3.º ¿Quién sabe? acaso la suerte....

JUGADOR 4.º Me alegraré que lo mate.

#### PARTE CUARTA

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choea y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La protección de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.*)

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirmá.

(*S. Marc. Evang.*)

Vedle, don Félix es, espada en mano,  
Serenó el rostro, firme el corazón,  
También de Elvira el vengativo hermano  
Sin piedad á sus piés muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta  
Por la calle fatal del Ataud;  
Y ni medrosa aparición le espanta,  
Ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámpara que ardía  
Trémula lanza su postrer fulgor,  
Y en honda oscuridad, noche sombría  
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los piés el Montemar osado  
En las tinieblas con incierto giro,  
Cuando ya un trecho de la calle andado,  
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,  
Y á su pesar sus nervios se crisparon;  
Mas pasado el primero movimiento,  
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,  
Que ni finge valor, ni muestra miedo,  
El alma de invencible vigor llena,  
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impio jura,  
Y á mover vuelve la atrevida planta,  
Cuando hácia él fatídica figura  
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas  
Ya disipa y se anima y va creciendo  
Con apagada luz, ya en las tinieblas  
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,  
Astro de clara lumbre sin mancilla,  
El horizonte lóbrego dilata  
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,  
Con más asombro que temor la mira;  
Tal vez la juzga vagorosa estrella  
Que en el espacio de los cielos gira:

Tal vez engaño de sus propios ojos,  
Forma falaz que en su ilusión creó,  
O del vino ridículos antojos  
Que al fin su juicio alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano  
Nunca su mente á trastornar bastara,  
Que ya mil veces embriagarse en vano  
En frenéticas orgías intentara.

«Dios presume asustarme: ¡ojalá fuera,  
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!  
Que entonces, vive Dios, quién soy supiera  
El cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje  
La lámpara del Cristo se encendió,  
Y una mujer velada en blanco traje,  
Ante la imagen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impio,  
«Gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,  
Firme intención y temerario brío,  
El paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan  
La luz, la imagen, la devota dama,  
Mas si él se pára, de moverse dejan:  
Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imagen.  
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira  
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,  
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,  
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;  
Sus ojos la muerta mirada fascina  
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,  
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,  
La lámpara alcanza con mano insolente  
Del ara do alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino  
Encubre, con ánimo asaz descortés;  
Mas la luz apaga viento repentino,  
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veía  
Un rostro que vagos recuerdos quiza  
Y alegres memorias confusas traía  
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en su ensueño  
Como un sentimiento que el alma halagó,  
Que anubla la frente con rígido ceño,  
Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras  
El blanco ropaje que ondeante se vé,  
Y cual si pisara mullidas alfombras,  
Deslizase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena  
Fugitiva vela de léjos cruzar,  
Que ya la hincha en popa la brisa serena,  
Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa  
Así ante nosotros pasa en ilusión,  
Y el alma conmueve con ansia medrosa  
Mientras la rechaza la adusta razón.

D. FÉLIX. «¡Qué! ¿sin respuesta me deja?

¿No admitís mi compañía?

¿Será quizá alguna vieja  
Devota?... ¡Chasco sería!

En vano, dueña, es callar,  
Ni hacerme señas que no:

He resuelto que si yo,

Y os tengo de acompañar,

Y he de saber dónde vais

Y si sois hermosa ó fea,

Quién sois y cómo os llamais,

Y aún cuando imposible sea,

Y fuerais vos Satanás

Con sus llamas y sus cuernos,

Hasta en los mismos infiernos,

Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar ¡vive Dios!

Y aunque lo estorbara el cielo,

Que yo he de cumplir mi anhelo

Aun á despecho de vos:

Y perdonadme, señora,

Si hay en mi empeño osadía,

Mas fuera descortesía

Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,

Que juro á Dios no quisiera

Que por temor se creyera

Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,  
Crujido del bazo que estalla al dolor,  
Que apenas medroso lastima el oído,  
Però que punzante rasga el corazón;

Gemido de amargo recuerdo pasado,  
De pena presente, de incierto pesar,  
Mortífero aliento, veneno exhalado  
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó, y silenciosa  
La blanca figura su pié resbaló,  
Cual mueve sus alas silfide amorosa  
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día  
La dicha que eterna creyó el corazón,  
Y en noche de nieblas, y en honda agonía  
En un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho,  
Compañero eterno su dolor crúel,  
El mágico encanto del alma deshecho,  
Su pena, su amigo y su amante más fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,  
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,  
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,  
Insensible el cielo y el mundo á su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo  
Serena y en calma mientras él lloró,  
Y ha visto los hombres pasar en el suelo  
Y nadie á sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,  
Su pena en su pecho profunda escondió,  
Y dentro en su alma su llanto tragando  
Con falsa sonrisa su labio vistió!...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,  
Horas otro tiempo que abrevió el placer,  
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron  
Con ellas por siempre las dichas de ayer;